

The background of the cover is a sepia-toned illustration of a brick building. On the left, there is a large window with a decorative arch above it and a door with a similar arch. To the right, a silhouette of a man wearing a top hat and a long coat is walking away from the viewer. The overall style is reminiscent of a classic horror or mystery book cover.

H. P. Lovecraft

El Horror de
Red Hook

E LEJANDRIA



H. P. Lovecraft

El Horror de
Red Hook

E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

EL HORROR DE RED HOOK

H. P. LOVECRAFT

PUBLICADO: 1927

FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG

**EDICIÓN: FARNSWORTH WRIGHT, WEIRD TALES, VOLUME
09, ISSUE 01**

TRADUCTOR: ELEJANDRÍA

EL HORROR DE RED HOOK

H. P. LOVECRAFT

“Hay sacramentos de maldad así como de bondad a nuestro alrededor, y vivimos y nos movemos según mi creencia en un mundo desconocido, un lugar donde existen cuevas y sombras y habitantes en el crepúsculo. Es posible que el hombre a veces regrese al camino de la evolución, y es mi creencia que un saber aterrador aún no está muerto.

-Arthur Machen.”

I

No hace muchas semanas, en una esquina de la calle del pueblo de Pascoag, Rhode Island, un peatón alto, corpulento y de aspecto saludable suscitó mucha especulación por un lapsus singular de comportamiento. Al parecer, había estado descendiendo la colina por

la carretera desde Chepachet; y al encontrarse con la sección compacta, giró a su izquierda hacia la avenida principal donde varios bloques comerciales modestos daban un toque de urbanidad. En este punto, sin provocación visible, cometió su asombroso lapsus; mirando de manera extraña por un segundo al edificio más alto frente a él y luego, con una serie de chillidos aterrorizados e histéricos, se lanzó a una carrera frenética que terminó en un tropiezo y caída en el siguiente cruce. Recogido y sacudido por manos prontas, se encontró consciente, sin heridas orgánicas y evidentemente curado de su repentina crisis nerviosa. Murmuró algunas explicaciones avergonzadas relacionadas con un esfuerzo que había soportado, y con la mirada baja, volvió a subir por la carretera de Chepachet, caminando fuera de la vista sin siquiera mirar atrás. Fue un incidente extraño que sucediera a un hombre tan grande, robusto, de rasgos normales y aspecto capaz, y la extrañeza no se redujo con los comentarios de un transeúnte que lo había reconocido como el inquilino de un conocido lechero en las afueras de Chepachet.

Se supo que era un detective de policía de Nueva York llamado Thomas F. Malone, actualmente de licencia prolongada bajo tratamiento médico después de un trabajo desproporcionadamente arduo en un macabro caso local que, por accidente, se había vuelto dramático. Hubo un derrumbe de varios edificios antiguos de ladrillo durante una redada en la que él había participado, y algo acerca de la pérdida masiva de vidas, tanto de prisioneros como de sus compañeros, lo había particularmente horrorizado. Como resultado, había desarrollado un horror agudo y anómalo hacia cualquier edificio que siquiera sugiriera remotamente a los que habían colapsado, de modo que al final los especialistas mentales le prohibieron la vista de tales cosas por un período indefinido. Un cirujano de policía con parientes en Chepachet propuso aquel pintoresco pueblo, con casas coloniales de madera, como un lugar ideal para la convalecencia psicológica; y hacia allí fue el sufrido, prometiendo nunca aventurarse entre las calles forradas de ladrillo de pueblos más grandes hasta ser debidamente aconsejado por el

especialista de Woonsocket con quien fue puesto en contacto. Esta caminata a Pascoag por revistas había sido un error, y el paciente pagó con miedo, moretones y humillación por su desobediencia.

Así lo sabían los chismes de Chepachet y Pascoag; y así también lo creían los especialistas más eruditos. Pero Malone al principio les contó a los especialistas mucho más, cesando solo cuando vio que la incredulidad absoluta era su porción. Posteriormente guardó silencio, protestando nada cuando se acordó generalmente que el derrumbe de ciertas casas de ladrillo sórdidas en la sección Red Hook de Brooklyn, y la consecuente muerte de muchos valientes oficiales, habían desequilibrado su equilibrio nervioso. Había trabajado demasiado duro, según decían todos, intentando limpiar esos nidos de desorden y violencia; ciertas características eran suficientemente chocantes, en toda conciencia, y la tragedia inesperada fue la gota que colmó el vaso. Esta fue una explicación simple que todos podían entender, y debido a que Malone no era una persona simple, percibió que mejor dejaba que fuese suficiente. Insinuar a personas sin imaginación un horror más allá de toda concepción humana—un horror de casas y bloques y ciudades leprosas y cancerosas con maldad arrastrada desde mundos antiguos—sería simplemente invitar a una celda acolchada en lugar de una rusticación tranquila, y Malone era un hombre de sentido a pesar de su misticismo. Tenía la visión lejana celta de cosas extrañas y ocultas, pero el ojo rápido del lógico para lo externamente poco convincente; una amalgama que lo había llevado lejos en los cuarenta y dos años de su vida, y lo había colocado en lugares extraños para un hombre de la Universidad de Dublín nacido en una villa georgiana cerca de Phoenix Park.

Y ahora, mientras revisaba las cosas que había visto, sentido y aprehendido, Malone estaba contento de mantener en secreto lo que podía reducir a un luchador intrépido a un neurótico tembloroso; lo que podía convertir antiguos barrios marginales de ladrillo y mares de rostros oscuros y sutiles en algo de pesadilla y augurio extraño. No sería la primera vez que sus sensaciones se veían forzadas a permanecer sin interpretar—¿no era acaso su propio acto de sumergirse en el abismo políglota del inframundo de Nueva York una

rareza más allá de una explicación sensata? ¿Qué podría contar él a los prosaicos sobre las antiguas brujerías y maravillas grotescas discernibles para ojos sensibles en medio del caldero venenoso donde todos los diversos residuos de eras insalubres mezclan su veneno y perpetúan sus terrores obscenos? Había visto la llamativa llama verde infernal de una maravilla secreta en este descarado, evasivo tumulto de codicia externa y blasfemia interna, y había sonreído suavemente cuando todos los neoyorquinos que conocía se burlaban de su experimento en trabajo policial. Habían sido muy ingeniosos y cínicos, ridiculizando su fantástica búsqueda de misterios inconocibles y asegurándole que en estos días Nueva York no albergaba más que vulgaridad y mesquindad. Uno de ellos le había apostado una suma considerable que él no podría— a pesar de muchas cosas conmovedoras a su favor en la *Dublin Review*— escribir una historia verdaderamente interesante sobre la vida baja de Nueva York; y ahora, al mirar atrás, percibió que la ironía cósmica había justificado las palabras del profeta mientras secretamente refutaba su significado frívolo. El horror, como finalmente vislumbrado, no podía hacer una historia—pues como el libro citado por la autoridad alemana de Poe, "er lässt sich nicht lesen"—no se permite ser leído.

II

Para Malone, el sentido de misterio latente en la existencia siempre estaba presente. En su juventud había sentido la belleza oculta y el éxtasis de las cosas, y había sido poeta; pero la pobreza, la tristeza y el exilio habían volcado su mirada hacia direcciones más oscuras, y se había emocionado con las imputaciones de maldad en el mundo

que lo rodeaba. La vida diaria para él se había convertido en una fantasmagoría de estudios de sombras macabras; a veces brillando y mirando de manera siniestra con podrida oculta como en el mejor estilo de Aubrey Beardsley, a veces insinuando terrores detrás de las formas y objetos más comunes como en el trabajo más sutil y menos obvio de Gustave Doré. A menudo consideraba como misericordioso que la mayoría de las personas de alta inteligencia se burlaran de los misterios más profundos; pues, argumentaba, si mentes superiores alguna vez fueran colocadas en el más pleno contacto con los secretos preservados por cultos antiguos y humildes, las anomalías resultantes pronto no solo destrozarían el mundo, sino que amenazarían la integridad misma del universo. Toda esta reflexión no era sin duda mórbida, pero una lógica aguda y un profundo sentido del humor la contrarrestaban hábilmente. Malone estaba satisfecho de dejar que sus nociones permanecieran como visiones medio observadas y prohibidas con las que se podía jugar ligeramente; y la histeria solo llegaba cuando el deber lo lanzaba a un infierno de revelación demasiado repentina e insidiosa para escapar.

Había estado asignado durante algún tiempo a la estación de Butler Street en Brooklyn cuando el asunto de Red Hook llamó su atención. Red Hook es un laberinto de sórdido híbrido cerca del antiguo puerto frente a Governor's Island, con carreteras sucias que suben la colina desde los muelles hacia ese terreno más alto donde las largas y decadentes calles de Clinton y Court llevan hacia el Borough Hall. Sus casas son en su mayoría de ladrillo, datando del primer cuarto al medio del siglo XIX, y algunos de los callejones y caminos más oscuros tienen ese encantador sabor antiguo que la lectura convencional nos lleva a llamar "dickensiano". La población es una maraña y enigma desesperada; elementos sirios, españoles, italianos y negros se impiden entre sí, y fragmentos de cinturones escandinavos y americanos no están lejos. Es una babel de sonido y suciedad, y emite gritos extraños para responder al golpeteo de las olas aceitadas en sus muelles sucios y las monstruosas letanías del órgano de los silbatos del puerto. Aquí hace mucho tiempo habitaba

una imagen más brillante, con marineros de mirada clara en las calles inferiores y hogares de gusto y sustancia donde las casas más grandes alinean la colina. Se pueden rastrear los vestigios de esta felicidad anterior en las formas elegantes de los edificios, las ocasionales iglesias gráciles y las evidencias de arte original y fondos en pedazos de detalle aquí y allá—un tramo de escaleras gastadas, una puerta maltrecha, un par de columnas decorativas podridas o pilastras, o un fragmento de un espacio verde alguna vez con rejas de hierro dobladas y oxidadas. Las casas generalmente están en bloques sólidos, y de vez en cuando surge una cúpula de muchas ventanas para contar de días en que los hogares de capitanes y propietarios de barcos vigilaban el mar.

De este enredo de putrefacción material y espiritual las blasfemias de cien dialectos asaltan el cielo. Hordas de merodeadores tambalean gritando y cantando por los callejones y avenidas, manos furtivas ocasionalmente apagan luces y bajan cortinas de repente, y rostros morenos y llenos de pecados desaparecen de las ventanas cuando los visitantes avanzan con cuidado. Los policías desprecian el orden o la reforma, y buscan más bien erigir barreras que protejan el mundo exterior de la contagión. El clangor de la patrulla es respondido por una especie de silencio espectral, y los prisioneros que se toman nunca son comunicativos. Las ofensas visibles son tan variadas como los dialectos locales, y abarcan desde el contrabando de ron y extranjeros prohibidos a través de diversas etapas de anarquía y vicio oscuro hasta asesinato y mutilación en sus disimiles más aborrecibles. Que estos asuntos visibles no sean más frecuentes no es mérito del vecindario, a menos que el poder del ocultamiento sea un arte que merezca crédito. Más personas entran a Red Hook de las que lo dejan—o al menos, las que lo dejan por el lado terrestre—y aquellos que no son locuaces son los más propensos a irse.

Malone encontró en este estado de cosas un leve hedor de secretos más terribles que cualquiera de los pecados denunciados por los ciudadanos y lamentados por sacerdotes y filántropos. Era consciente, como uno que unía imaginación con conocimiento

científico, de que las personas modernas en condiciones sin ley tienden inquietantemente a repetir los patrones instintivos más oscuros de la salvajería primitiva semi-simiesca en su vida diaria y observancias rituales; y a menudo había visto con el escalofrío de un antropólogo las procesiones de cánticos y maldiciones de jóvenes con ojos vidriosos y llenos de molestias que se enroscaban por las pequeñas horas oscuras de la mañana. Se veían grupos de estos jóvenes incesantemente; a veces en vigiliass siniestras en las esquinas de las calles, a veces en puertas tocando de manera espeluznante instrumentos de música baratos, a veces en siestas estuporosas o diálogos indecentes alrededor de mesas de cafetería cerca del Borough Hall, y a veces conversando en susurros alrededor de taxis sórdidos detenidos en los altos escalones de casas antiguas y desmoronadas con persianas cerradas. Lo enfriaban y fascinaban más de lo que se atrevía a confesar a sus asociados en la fuerza, pues parecía ver en ellos algún hilo monstruoso de continuidad secreta; algún patrón diabólico, críptico y antiguo completamente más allá y por debajo de la sórdida masa de hechos y hábitos y lugares listados con tal cuidado técnico por la policía. Debían ser, sentía internamente, los herederos de alguna tradición chocante y primordial; los participantes de restos degradados y rotos de cultos y ceremonias más antiguos que la humanidad. Su coherencia y definición lo sugerían, y se mostraba en la sospecha singular de orden que acechaba bajo su desorden sórdido. No había leído en vano tratados como El Culto de Brujas en Europa Occidental de Miss Murray; y sabía que hasta años recientes ciertamente había sobrevivido entre campesinos y gente furtiva un sistema terrible y clandestino de asambleas y orgías descendidas de religiones oscuras que antecedian al mundo ario, y que aparecían en leyendas populares como Misas Negras y Sábados de Brujas. Que estos vestigios infernales de la magia turaniana-asiática antigua y cultos de fertilidad aún estuvieran completamente muertos no podía suponerse ni por un momento, y con frecuencia se preguntaba cuánto más antiguos y cuán más oscuros que los peores cuentos murmurados podrían realmente ser algunos de ellos.

III

Fue el caso de Robert Suydam el que llevó a Malone al corazón de los asuntos en Red Hook. Suydam era un recluso erudito de una antigua familia holandesa, poseedor originalmente de medios apenas independientes, y habitante de la espaciosa pero mal conservada mansión que su abuelo había construido en Flatbush cuando ese pueblo era poco más que un agradable grupo de cabañas coloniales que rodeaban la iglesia reformada con su campanario y cubierta de hiedra, y su patio con lápidas neerlandesas rodeadas de rejas de hierro. En esta casa solitaria, retirada de Martense Street en medio de un patio de árboles venerables, Suydam había leído y reflexionado durante unas seis décadas, excepto por un período de una generación antes, cuando navegó hacia el Viejo Mundo y permaneció allí fuera de la vista durante ocho años. No podía permitirse sirvientes y admitía a pocos visitantes en su absoluta soledad; evitando amistades cercanas y recibiendo a sus raros conocidos en una de las tres habitaciones de la planta baja que mantenía en orden: una vasta biblioteca de techos altos cuyas paredes estaban sólidamente llenas de libros raídos de aspecto ponderoso, arcaico y vagamente repulsivo. El crecimiento de la ciudad y su absorción final en el distrito de Brooklyn no significaron nada para Suydam, y llegó a significar cada vez menos para el pueblo. Las personas mayores aún lo señalaban en las calles, pero para la mayoría de la población reciente, él no era más que un viejo extraño y corpulento cuyos cabellos blancos desaliñados, barba incipiente, ropas negras brillantes y bastón de cabeza dorada le valían una mirada divertida y nada más. Malone no lo conocía de vista hasta que el deber lo llamó al caso, pero había oído hablar de él indirectamente como una verdadera autoridad profunda en supersticiones medievales, y una vez había pensado de manera

ociosa en buscar un panfleto descatalogado suyo sobre la Cábala y la leyenda de Fausto, que un amigo había citado de memoria.

Suydam se convirtió en un "caso" cuando sus parientes lejanos y únicos buscaron pronunciamientos judiciales sobre su cordura. Su acción pareció repentina para el mundo exterior, pero en realidad se emprendió solo después de una prolongada observación y un doloroso debate. Se basó en ciertos cambios extraños en su habla y hábitos; referencias salvajes a maravillas inminentes y apariciones inexplicables en barrios disreputados de Brooklyn. Había ido encaliéndose año tras año, y ahora deambulaba como un verdadero mendicante; visto ocasionalmente por amigos humillados en estaciones de metro, o merodeando en los bancos alrededor del Borough Hall en conversación con grupos de extraños morenos y de aspecto maligno. Cuando hablaba, era para balbucear sobre poderes ilimitados casi al alcance de su mano, y para repetir con miradas cómplices palabras o nombres místicos como "Sephiroth", "Ashmodai" y "Samaël". La acción judicial reveló que estaba agotando sus ingresos y desperdiciando su principal en la compra de tomos curiosos importados de Londres y París, y en el mantenimiento de un sórdido departamento en el sótano del distrito de Red Hook donde pasaba casi todas las noches, recibiendo delegaciones extrañas de matones y extranjeros, y aparentemente conduciendo algún tipo de servicio ceremonial detrás de las persianas verdes de ventanas secretivas. Los detectives asignados para seguirlo reportaron extraños gritos y cantos y el golpeteo de pies filtrándose desde estos ritos nocturnos, y se estremecieron ante su peculiar éxtasis y abandono a pesar de la comunidad de orgías extrañas en esa sección saturada. Sin embargo, cuando el asunto llegó a una audiencia, Suydam logró preservar su libertad. Ante el juez, su manera se volvió urbana y razonable, y admitió libremente la rareza de su comportamiento y el extravagante uso del lenguaje en el que había caído por una devoción excesiva al estudio y la investigación. Dijo que estaba comprometido en la investigación de ciertos detalles de la tradición europea que requerían el contacto más cercano con grupos extranjeros y sus canciones y danzas

folclóricas. La noción de que alguna sociedad secreta baja lo estuviera acechando, como insinuaron sus parientes, era obviamente absurda; y mostraba cuán lamentablemente limitada era su comprensión de él y de su trabajo. Triunfando con sus calmadas explicaciones, se le permitió partir sin impedimentos; y los detectives pagados de los Suydams, Corlears y Van Brunts fueron retirados con resignada disgusto.

Fue aquí donde una alianza de inspectores federales y policías, Malone con ellos, entró en el caso. La ley había observado la acción de Suydam con interés, y en muchas ocasiones había sido llamada para ayudar a los detectives privados. En este trabajo se descubrió que los nuevos asociados de Suydam estaban entre los criminales más negros y viciosos de los callejones tortuosos de Red Hook, y que al menos un tercio de ellos eran delincuentes conocidos y reincidentes en materia de robo, desorden e importación de inmigrantes ilegales. De hecho, no sería exagerado decir que el círculo particular del viejo erudito coincidía casi perfectamente con lo peor de las cliques organizadas que desembarcaban ciertos residuos asiáticos innombrables y no clasificados sabiamente devueltos por Ellis Island. En los abarrotados barrios de Parker Place—ya renombrados—donde Suydam tenía su departamento en el sótano, había crecido una colonia muy inusual de personas de ojos rasgados no clasificadas que usaban el alfabeto árabe pero eran elocuentemente repudiadas por la gran masa de sirios en y alrededor de Atlantic Avenue. Todos podrían haber sido deportados por falta de credenciales, pero el legalismo es lento, y uno no perturba Red Hook a menos que la publicidad lo obligue.

Estas criaturas asistían a una iglesia de piedra desmoronada, usaban los miércoles como salón de baile, que alzaba sus contrafuertes góticos cerca de la parte más vil del puerto. Nominalmente era católica; pero los sacerdotes de todo Brooklyn negaban al lugar toda reputación y autenticidad, y los policías estaban de acuerdo con ellos cuando escuchaban los ruidos que emitía por la noche. Malone solía imaginar que escuchaba terribles notas graves de órgano oculto muy bajo tierra cuando la iglesia

estaba vacía y sin luces, mientras todos los observadores temían los chillidos y los tambores que acompañaban los servicios visibles. Suydam, cuando fue interrogado, dijo que pensaba que el ritual era algún remanente del cristianismo nestoriano teñido con el chamanismo del Tíbet. La mayoría de las personas, conjeturó, eran de raza mongoloide, originarias de algún lugar en o cerca de Kurdistán—y Malone no pudo evitar recordar que Kurdistán es la tierra de los yezidíes, los últimos sobrevivientes de los adoradores del diablo persa. Comoquiera que fuera, el revuelo de la investigación de Suydam hizo cierto que estos recién llegados no autorizados estaban inundando Red Hook en números crecientes; entrando a través de alguna conspiración marina aprehendida por oficiales de ingresos y policías portuarios, invadiendo Parker Place y extendiéndose rápidamente cuesta arriba, y siendo acogidos con curioso fraternalismo por los otros diversos habitantes de la región. Sus figuras bajas y sus características fisiognomías entrecerradas, grotescamente combinadas con ropas americanas llamativas, aparecían cada vez más numerosamente entre los vagos y gánsteres nómadas de la sección de Borough Hall; hasta que finalmente se consideró necesario contabilizarlos, determinar sus orígenes y ocupaciones, y encontrar si era posible una manera de redondearlos y entregarlos a las autoridades de inmigración correspondientes. A esta tarea fue asignado Malone por acuerdo de las fuerzas federales y de la ciudad, y al comenzar su recorrido por Red Hook se sintió al borde de terrores innombrables, con la figura encaliada y desaliñada de Robert Suydam como archidiablo y adversario.

IV

Los métodos policiales son variados e ingeniosos. Malone, a través de paseos discretos, conversaciones casuales cuidadosamente manejadas, ofertas bien programadas de licor de bolsillo y diálogos juiciosos con prisioneros asustados, aprendió muchos hechos aislados sobre el movimiento cuyo aspecto se había vuelto tan amenazante. Los recién llegados eran de hecho kurdos, pero de un dialecto oscuro y desconcertante para la filología exacta. Muchos de ellos que trabajaban vivían principalmente como marineros de muelle y vendedores ambulantes sin licencia, aunque con frecuencia servían en restaurantes griegos y atendían quioscos de periódicos en las esquinas. Sin embargo, la mayoría no tenía medios de apoyo visibles; y obviamente estaban conectados con actividades del inframundo, de las cuales el contrabando y la venta ilegal de alcohol eran las menos indescritibles. Habían llegado en barcos de vapor, aparentemente cargueros de trampas, y habían sido descargados furtivamente en noches sin luna en botes de remos que se deslizaban bajo un cierto muelle y seguían un canal oculto hasta una piscina subterránea secreta debajo de una casa. Este muelle, canal y casa Malone no pudo localizar, ya que los recuerdos de sus informantes eran sumamente confusos, mientras que su habla estaba en gran medida más allá incluso de los intérpretes más capaces; ni pudo obtener datos reales sobre las razones de su importación sistemática. Eran reticentes sobre el lugar exacto de donde habían venido, y nunca estaban lo suficientemente desprevenidos para revelar las agencias que los habían buscado y dirigido su curso. De hecho, desarrollaban algo parecido a un miedo agudo cuando se les preguntaba la razón de su presencia. Los gánsteres de otras razas eran igualmente taciturnos, y lo más que se pudo recopilar fue que algún dios o gran sacerdocio les había

prometido poderes inauditos y glorias sobrenaturales y dominios en una tierra extraña.

La asistencia tanto de los recién llegados como de los viejos gánsteres a las reuniones nocturnas fuertemente vigiladas de Suydam era muy regular, y la policía pronto supo que el recluso antes solitario había alquilado departamentos adicionales para acomodar a los huéspedes que conocían su contraseña; finalmente ocupando tres casas enteras y albergando permanentemente a muchos de sus extraños compañeros. Ahora pasaba muy poco tiempo en su hogar de Flatbush, aparentemente yendo y viniendo solo para obtener y devolver libros; y su rostro y manera habían alcanzado un tono atroz de locura. Malone lo entrevistó dos veces, pero cada vez fue bruscamente rechazado. No sabía nada, dijo, de conspiraciones misteriosas o movimientos; y no tenía idea de cómo los kurdos podrían haber entrado o qué querían. Su negocio era estudiar sin ser perturbado el folclore de todos los inmigrantes del distrito; un negocio con el cual los policías no tenían preocupación legítima. Malone mencionó su admiración por el antiguo folleto de Suydam sobre la Cábala y otros mitos, pero el endurecimiento del anciano fue solo momentáneo. Percibió una intrusión y rechazó a su visitante de manera clara; hasta que Malone se retiró disgustado y se dirigió a otros canales de información.

Lo que Malone hubiera descubierto si hubiera trabajado continuamente en el caso, nunca lo sabremos. Como fue, un estúpido conflicto entre la autoridad de la ciudad y la federal suspendió la investigación durante varios meses, durante los cuales el detective estuvo ocupado con otras asignaciones. Pero en ningún momento perdió el interés, ni dejó de asombrarse de lo que comenzó a sucederle a Robert Suydam. Justo en el momento en que una ola de secuestros y desapariciones difundía su emoción por Nueva York, el erudito desaliñado emprendió una metamorfosis tan sorprendente como absurda. Un día fue visto cerca del Borough Hall con el rostro afeitado, el cabello bien recortado y un atuendo impecablemente elegante, y cada día siguiente se notaba alguna mejora oscura en él. Mantuvo su nueva esmerada pulcritud sin

interrupción, añadió un brillo inusitado a sus ojos y una nitidez en el habla, y comenzó poco a poco a desprenderse de la corpulencia que lo había deformado durante tanto tiempo. Ahora, frecuentemente tomado por menor de su edad, adquirió una elasticidad en el paso y una vivacidad en el comportamiento para igualar la nueva tradición, y mostró un oscurecimiento envidiable del cabello que de alguna manera no sugería teñido. A medida que pasaban los meses, comenzó a vestir cada vez menos conservadoramente, y finalmente asombró a sus pocos amigos innovando y redecorando su mansión de Flatbush, que abrió en una serie de recepciones, convocando a todos los conocidos que podía recordar y extendiendo una bienvenida especial a los parientes plenamente perdonados que tan recientemente habían buscado su restricción. Algunos asistieron por curiosidad, otros por deber; pero todos fueron repentinamente encantados por la creciente gracia y urbanidad del antiguo ermitaño. Afirmó que había cumplido la mayor parte de su trabajo asignado; y habiendo heredado recientemente alguna propiedad de un amigo europeo medio olvidado, estaba a punto de pasar sus años restantes en una segunda juventud más brillante que el descanso, el cuidado y la dieta habían hecho posible para él. Lo veían cada vez menos en Red Hook, y se movía cada vez más en la sociedad en la que había nacido. Los policías notaron una tendencia de los gánsteres a congregarse en la vieja iglesia de piedra y salón de baile en lugar de en el departamento del sótano en Parker Place, aunque este último y sus anexos recientes aún desbordaban de vida nociva.

Entonces ocurrieron dos incidentes—suficientemente separados, pero ambos de intenso interés en el caso tal como Malone lo concebía. Uno fue un anuncio tranquilo en el Eagle del compromiso de Robert Suydam con la señorita Cornelia Gerritsen de Bayside, una joven de excelente posición, y relacionada lejanamente con el anciano futuro novio; mientras que el otro fue una redada en la iglesia salón de baile por la policía de la ciudad, después de un informe de que el rostro de un niño secuestrado había sido visto por un segundo en una de las ventanas del sótano. Malone participó en esta redada y estudió el lugar con mucho cuidado cuando entró. No

se encontró nada—de hecho, el edificio estaba completamente desierto cuando lo visitaron—pero el celta sensible fue vagamente perturbado por muchas cosas sobre el interior. Había paneles pintados de manera tosca que no le gustaron—paneles que representaban rostros sagrados con expresiones peculiarmente mundanas y sardónicas, y que ocasionalmente tomaban libertades que ni siquiera el sentido común de un laico podría soportar. Además, no le agradó la inscripción griega en la pared sobre el púlpito; una antigua invocación que una vez encontró en sus días universitarios en Dublín, y que decía, traducida literalmente:

"O amigo y compañero de la noche, tú que te regocijas en el aullido de los perros y la sangre derramada, que vagas en medio de las sombras entre las tumbas, que anhelas sangre y traes terror a los mortales, ¡Gorgo, Mormo, luna mil-facética, mira favorablemente nuestras sacrificios!"

Cuando leyó esto, se estremeció y pensó vagamente en las notas graves del órgano agrietado que imaginaba haber escuchado debajo de la iglesia en ciertas noches. Se estremeció de nuevo ante el óxido alrededor del borde de una tina de metal que se encontraba en el altar, y se detuvo nerviosamente cuando sus fosas nasales parecieron detectar un hedor curioso y espeluznante proveniente de alguna parte del vecindario. Esa memoria del órgano lo acosaba, y exploró el sótano con particular asiduidad antes de irse. El lugar le era muy odioso; sin embargo, después de todo, ¿eran los paneles blasfemos y las inscripciones más que simples toscueces perpetradas por los ignorantes?

Para cuando llegó la boda de Suydam, la epidemia de secuestros se había convertido en un escándalo popular de los periódicos. La mayoría de las víctimas eran niños pequeños de las clases más bajas, pero el creciente número de desapariciones había generado un sentimiento de furia intensa. Los periódicos clamaban por acción de la policía, y una vez más la estación de Butler Street envió a sus hombres a Red Hook en busca de pistas, descubrimientos y criminales. Malone se alegró de estar de nuevo en la pista, y se

enorgulleció de una redada en una de las casas de Parker Place de Suydam. Allí, de hecho, no se encontró ningún niño robado, a pesar de los relatos de gritos y la cinta roja recogida en el área; pero las pinturas y las inscripciones toscas en las paredes descascaradas de la mayoría de las habitaciones, y el laboratorio químico primitivo en el ático, ayudaron a convencer al detective de que estaba en la pista de algo tremendo. Las pinturas eran horribles—monstruos espantosos de todas las formas y tamaños, y parodias de contornos humanos que no pueden describirse. La escritura estaba en rojo y variaba desde letras árabes hasta griegas, romanas y hebreas. Malone no pudo leer mucho de ello, pero lo que sí descifró era lo suficientemente portentoso y cabalístico. Un lema que se repetía frecuentemente estaba en una especie de griego helenístico hebraizado, y sugería las más terribles demon-evocaciones de la decadencia alexandrina:

HEL. HELOYM. SOTHER. EMMANVEL. SABAOTH. AGLA.
TETRAGRAMMATON. AGYROS. OTHEOS. ISCHYROS. ATHANATOS.
IEHOVA. VA. ADONAL. SADY. HOMOVSION. MESSIAS.
ESCHEREHEYE.

Círculos y pentagramas aparecían en cada mano, y contaban indudablemente de las creencias y aspiraciones extrañas de aquellos que habitaban tan sórdidamente aquí. En el sótano, sin embargo, se encontró lo más extraño: un montón de lingotes de oro genuinos cubiertos descuidadamente con un pedazo de arpillera, y con los mismos jeroglíficos extraños que también adornaban las paredes sobre sus superficies brillantes. Durante esta redada, la policía solo encontró una resistencia pasiva de los orientales entrecerrados que surgían de cada puerta. Al no encontrar nada relevante, tuvieron que dejar todo como estaba; pero el capitán de la comisaría escribió una nota a Suydam aconsejándole que observara de cerca el carácter de sus inquilinos y protegidos en vista del creciente clamor público.

V

Luego llegó la boda de junio y la gran sensación. Flatbush estaba animada durante la hora alrededor del mediodía, y los motores estruendosos llenaban las calles cerca de la vieja iglesia holandesa donde un toldo se extendía desde la puerta hasta la carretera. Ningún evento local superó jamás a las nupcias de Suydam-Gerritsen en tono y escala, y la fiesta que escoltó a la novia y al novio hasta el muelle de Cunard era, si no exactamente la más elegante, al menos una sólida página del Registro Social. A las 5 en punto se saludaron las despedidas, y el ponderoso transatlántico se alejó del largo muelle, giró lentamente su nariz hacia el mar, desechó su remolcador y se dirigió hacia las espaciosas áreas de agua que conducían a las maravillas del Viejo Mundo. Al anochecer, el puerto exterior estaba despejado, y los pasajeros tardíos observaban las estrellas titilando sobre un océano no contaminado.

Si el barco de vapor trampantojo o el grito fueron primero en llamar la atención, nadie puede decirlo. Probablemente fueron simultáneos, pero no sirve de nada calcularlo. El grito vino de la camarote de Suydam, y el marinero que rompió la puerta quizás podría haber contado cosas horribles si no se hubiera vuelto completamente loco de inmediato—como es, gritó más fuerte que las primeras víctimas, y después corrió inquieto por la embarcación hasta ser atrapado y encadenado. El médico del barco que entró a la camarote y encendió las luces un momento después no se volvió loco, pero no le contó a nadie lo que vio hasta después, cuando correspondió con Malone en Chepachet. Fue un asesinato—estrangulamiento—pero no hace falta decir que la marca de garras en la garganta de la señora Suydam no podría haber venido de la mano de su esposo ni de ninguna otra humana, o que sobre la pared blanca parpadeó por un instante en rojo odioso una leyenda

que, luego copiada de memoria, parece haber sido nada menos que las temibles letras caldeas de la palabra "LILITH". No hace falta mencionar estas cosas porque desaparecieron tan rápidamente—en cuanto a Suydam, al menos se podría impedir que otros ingresaran a la habitación hasta saber qué pensar uno mismo. El médico ha asegurado claramente a Malone que no lo vio. El ventanal abierto, justo antes de que encendiera las luces, se nubló por un segundo con cierta fosforescencia, y por un momento pareció resonar en la noche exterior la sugerencia de un débil y infernal susurro; pero ningún contorno real se presentó a la vista. Como prueba, el médico señala su cordura continua.

Luego el barco de vapor trampantojo reclamó toda la atención. Un bote partió, y una horda de rufiánes morenos e insolentes vestidos de oficiales abordaron el Cunarder temporalmente detenido. Querían a Suydam o su cuerpo—habían sabido de su viaje, y por ciertas razones estaban seguros de que moriría. La cubierta del capitán era casi un pandemonio; pues en el instante, entre el informe del médico desde la camarote y las demandas de los hombres del trampantojo, ni siquiera el marinero más sabio y grave podría pensar qué hacer. De repente, el líder de los marineros visitantes, un árabe con una boca negrina odiosamente, sacó un papel sucio y arrugado y lo entregó al capitán. Estaba firmado por Robert Suydam y llevaba el siguiente mensaje extraño:

En caso de accidente o muerte súbita o inexplicable de mi parte, por favor entréguenme a mí o a mi cuerpo sin cuestionar a manos del portador y sus asociados. Todo, para mí, y quizás para ustedes, depende de un cumplimiento absoluto. Las explicaciones pueden venir después—no me fallen ahora.

Robert Suydam.

El capitán y el médico se miraron, y este último susurró algo al primero. Finalmente asintieron con cierta impotencia y guiaron el camino hacia la camarote de Suydam. El médico desvió la mirada del capitán mientras desbloqueaba la puerta y admitía a los extraños marineros, ni siquiera respiró con facilidad hasta que salieron con su

carga después de un período de preparación inexplicablemente largo. Estaba envuelto en ropa de cama de las literas, y al médico le alegró que los contornos no fueran muy reveladores. De alguna manera, los hombres lograron cubrir el costado y alejarse hacia su barco de vapor trampantojo sin descubrirlo.

El Cunarder volvió a zarpar, y el médico y un tanatólogo del barco buscaron la camarote de Suydam para realizar los últimos servicios que pudieron. Una vez más, el médico se vio obligado a la reticencia e incluso a la mendacidad, pues había sucedido algo infernal. Cuando el tanatólogo le preguntó por qué había drenado toda la sangre de la señora Suydam, omitió afirmar que no lo había hecho; ni señaló los espacios vacíos de botellas en el estante, ni el olor en el fregadero que mostraba la disposición apresurada del contenido original de las botellas. Los bolsillos de esos hombres—si es que eran hombres—habían sobresalido de manera condenable al salir del barco. Dos horas después, y el mundo supo por radio todo lo que debía saber sobre el horrible asunto.

VI

Esa misma noche de junio, sin haber escuchado una palabra del mar, Malone estaba desesperadamente ocupado entre los callejones de Red Hook. Un repentino alboroto parecía permear el lugar, y como si los habitantes se hubieran enterado por el "telégrafo del racimo" de algo singular, los residentes se reunieron expectantes alrededor de la iglesia salón de baile y las casas en Parker Place. Tres niños acababan de desaparecer—noruegos de ojos azules de las calles hacia Gowanus—y había rumores de que una turba se estaba

formando entre los vikingos robustos de esa sección. Malone había estado instando a sus colegas durante semanas a intentar una limpieza general; y al fin, movidos por condiciones más obvias para su sentido común que por las conjeturas de un soñador de Dublín, habían acordado un golpe final. La inquietud y la amenaza de esta noche habían sido el factor decisivo, y justo antes de la medianoche, una patrulla reclutada de tres estaciones descendió sobre Parker Place y sus alrededores. Se golpearon puertas, se arrestaron rezagados, y las habitaciones iluminadas con velas fueron forzadas a disgostar a indescriptibles multitudes de extranjeros mezclados en túnicas, mitras y otros dispositivos inexplicables. Mucho se perdió en el tumulto, pues los objetos eran arrojados apresuradamente por pozos inesperados, y los olores traicioneros eran amortiguados por el repentino encendido de incienso penetrante. Pero la sangre salpicada estaba en todas partes, y Malone se estremecía cada vez que veía un brasero o altar del que aún se elevaba humo.

Quería estar en varios lugares a la vez, y decidió dirigirse al departamento en el sótano de Suydam solo después de que un mensajero hubiera informado de la completa vacuidad de la iglesia salón de baile derruida. El departamento, pensó, debía contener alguna pista sobre un culto del cual el erudito oculto se había convertido tan obviamente en el centro y líder; y fue con verdadera expectativa que allanó las habitaciones mohosas, notó su olor vagamente cadavérico y examinó los curiosos libros, instrumentos, lingotes de oro y botellas con tapón de vidrio esparcidos descuidadamente aquí y allá. Una vez, un delgado, negro y blanco se deslizó entre sus pies y lo hizo tropezar, volcándose al mismo tiempo un vaso medio lleno de un líquido rojo. El choque fue severo, y hasta el día de hoy Malone no está seguro de lo que vio; pero en sueños todavía imagina ese gato mientras se alejaba arrastrando ciertas alteraciones y peculiaridades monstruosas. Luego llegó la puerta del sótano cerrada, y la búsqueda de algo para romperla. Un taburete pesado estaba cerca, y su asiento resistente era más que suficiente para los paneles antiguos. Se formó una grieta y se agrandó, y toda la puerta dio paso—pero desde el otro lado; de

donde brotó un tumulto aullante de viento helado con todos los olores de un pozo sin fondo, y de donde alcanzó una fuerza succionadora no de tierra ni cielo, que, enrollándose con conciencia alrededor del detective paralizado, lo arrastró por la abertura y bajó por espacios no medidos llenos de susurros y lamentos, y ráfagas de risas burlonas.

Por supuesto, fue un sueño. Todos los especialistas le han dicho eso, y no tiene nada tangible que pruebe lo contrario. De hecho, preferiría que así fuera; pues entonces la vista de antiguos barrios marginales de ladrillo y rostros extranjeros oscuros no penetraría tan profundamente en su alma. Pero en ese momento todo era horriblemente real, y nada puede borrar jamás el recuerdo de esas criptas nocturnas, esas arcadas titánicas y esas formas medio formadas del infierno que paseaban gigantescamente en silencio sosteniendo cosas medio comidas cuyos fragmentos aún sobrevivientes gritaban por misericordia o reían con locura. Los olores de incienso y corrupción se unieron en un concierto nauseabundo, y el aire negro estaba vivo con la masa nebulosa y semi-visible de cosas elementales sin forma con ojos. En algún lugar del agua oscura y pegajosa lamía los muelles de ónix, y una vez el tintineo escalofriante de campanas ruidosas resonó para saludar la risa loca de una cosa fosforescente desnuda que nadó a la vista, se enroscó en la orilla y trepó hasta posarse de manera burlona en un pedestal dorado tallado en el fondo.

Avenidas de noche ilimitada parecían irradiar en todas direcciones, hasta el punto de que uno podría imaginar que aquí yacía la raíz de una contagión destinada a enfermar y devorar ciudades, y a engullir naciones en el hedor de pestilencias híbridas. Aquí el pecado cósmico había entrado, y, purgado por ritos profanos, había comenzado la marcha sonriendo de la muerte que nos pudriría a todos hasta anomalías fúngicas demasiado horrendas para ser contenidas por la tumba. Satanás aquí mantenía su corte babilónica, y en la sangre de una infancia estéril las extremidades leprosas de Lilith fosforescente eran lavadas. Incubus y succubae aullaban alabanzas a Hécate, y cabras sin cabeza gemían a la Magna Mater.

Las cabras saltaban al sonido de flautas delgadas malditas, y los Ægipans perseguían sin fin a sátiros deformes sobre rocas retorcidas como sapos hinchados. Moloch y Ashtaroth no estaban ausentes; pues en esta quintaesencia de toda damnación los límites de la conciencia se habían derribado, y la fantasía del hombre quedaba abierta a vistas de todos los reinos de horror y todas las dimensiones prohibidas que el mal tenía el poder de moldear. El mundo y la naturaleza eran impotentes ante tales asaltos de pozos sin sellar de la noche, ni ningún signo o oración podía detener el alboroto de Walpurgis de horror que había llegado cuando un sabio con la odiosa llave había tropezado con una horda con el cofre cerrado y rebosante de lore demoníaco transmitido.

De repente, un rayo de luz física atravesó estos fantasmas, y Malone oyó el sonido de remos entre las blasfemias de cosas que deberían estar muertas. Un bote con una linterna en su proa se apresuró a la vista, se amarró a un anillo de hierro en el muelle viscoso, y vomitó varios hombres oscuros que llevaban una larga carga envuelta en ropa de cama. La llevaron a la cosa fosforescente desnuda en el pedestal tallado, y la cosa rió y arañó la ropa de cama. Luego la desenvainaron, y colocaron frente al pedestal el cadáver gangrenoso de un viejo corpulento con barba incipiente y cabello blanco desaliñado. La cosa fosforescente volvió a reír, y los hombres sacaron botellas de sus bolsillos y ungieron sus pies con rojo, mientras luego le daban las botellas a la cosa para que bebiera.

De repente, desde una avenida arcada que se extendía sin fin, llegó el demoníaco traqueteo y silbido de un órgano blasfemo, ahogando y retumbando de las burlas del infierno en un bajo agrietado y sardónico. En un instante, cada entidad en movimiento fue electrificada; y formando de inmediato una procesión ceremonial, la horda de pesadilla se deslizaba en busca del sonido—cabra, sátiro y Ægipan, incubus, succuba y lemur, sapo retorcido y cosas elementales sin forma con ojos. Liderados por la abominable cosa fosforescente desnuda que se había posado en el trono dorado tallado, y que ahora paseaba insolentemente llevando en sus brazos el cadáver vidrioso del viejo corpulento. Los hombres oscuros

corrieron detrás, y toda la columna saltó y brincó con furia dionisiaca. Malone tropezó unos pasos detrás de ellos, delirante y brumoso, y dudando de su lugar en este o en cualquier mundo. Luego se giró, vaciló y se hundió en la fría y húmeda piedra, jadeando y temblando mientras el órgano demoníaco seguía croando, y el aullido y el tamborileo y el tintineo de la procesión loca se desvanecían cada vez más.

Vagamente era consciente de horrores cantados y croanidos chocantes desde lejos. De vez en cuando, un gemido o quejido de devoción ceremonial flotaba hacia él a través de la arcada negra, mientras finalmente se elevaba la terrible invocación griega cuyo texto había leído sobre el púlpito de esa iglesia salón de baile.

"O amigo y compañero de la noche, tú que te regocijas! en el aullido de los perros [aquí estalló un horrible aullido] y la sangre derramada, [aquí sonidos innombrables compitieron con chillidos mórbidos] que vagas en medio de las sombras entre las tumbas, [aquí ocurrió un suspiro silbante] que anhelas sangre y traes terror a los mortales, [gritos cortos y agudos de innumerables gargantas] ¡Gorgo, [repetido como respuesta] Mormo, [repetido con éxtasis] luna mil-facética, [suspiros y notas de flauta] ¡mira favorablemente nuestras sacrificios!"

Al cerrar el canto, un grito general se alzó, y sonidos sibilantes casi ahogaron el croar del órgano de bajo agrietado. Luego, un jadeo como de muchas gargantas, y un babel de palabras ladradas y balbuceadas—"¡Lilith, Gran Lilith, contempla al Novio!" Más gritos, un alboroto de alborotos, y los pasos agudos y clickantes de una figura corriendo. Los pasos se acercaron, y Malone se levantó hasta el codo para mirar.

La luminosidad de la cripta, recientemente disminuida, ahora había aumentado ligeramente; y en esa luz diabólica apareció la forma fugitiva de aquello que no debería huir ni sentir ni respirar—el cadáver vidrioso y gangrenoso del viejo corpulento, ahora sin necesidad de apoyo, pero animado por alguna hechicería infernal del rito recién cerrado. Después de ello, corrió la cosa fosforescente

desnuda que pertenecía al pedestal tallado, y aún más detrás jadeaban los hombres oscuros, y toda la temible tripulación de lochicerías sentientes y repugnantes. El cadáver estaba alcanzando a sus perseguidores, y parecía determinado en un objeto definitivo, esforzándose con cada músculo podrido hacia el pedestal dorado tallado, cuya importancia necromántica evidentemente era tan grande. Un momento más y había alcanzado su objetivo y su triunfo. El empuje había sido tremendo, pero la fuerza se había mantenido; y mientras el empujador se colapsaba en una mancha lodosa de corrupción, el pedestal que había empujado tambaleó, se inclinó y finalmente cayó de su base de ónix hacia las aguas espesas de abajo, enviando un resplandor despedazado de oro tallado mientras se hundía pesadamente en abismos inimaginables del Tartarus inferior. En ese instante también, toda la escena de horror se desvaneció ante los ojos de Malone; y él se desmayó en medio, de un estruendoso estruendo que parecía borrar todo el universo maligno.

VII

El sueño de Malone, experimentado en su totalidad antes de que supiera de la muerte y transferencia de Suydam en el mar, fue curiosamente complementado por algunas realidades extrañas del caso; aunque eso no es razón para que alguien lo crea. Las tres casas viejas en Parker Place, sin duda largas veces podridas con una decadencia en su forma más insidiosa, colapsaron sin causa visible mientras la mitad de los asaltantes y la mayoría de los prisioneros estaban dentro; y de ambos, la mayor parte fue asesinada instantáneamente. Solo en los sótanos y cavas se salvó mucha vida,

y Malone tuvo la suerte de estar profundamente debajo de la casa de Robert Suydam. Porque realmente estaba allí, como nadie está dispuesto a negar. Lo encontraron inconsciente al borde de la piscina negra como la noche, con una mezcla grotescamente horrible de descomposición y hueso, identificable a través del trabajo dental como el cuerpo de Suydam, a unos pocos pies de distancia. El caso era claro, pues era hacia aquí que conducía el canal subterráneo de los contrabandistas; y los hombres que sacaron a Suydam del barco lo habían llevado a casa. Ellos mismos nunca fueron encontrados, o al menos nunca identificados; y el médico del barco aún no está satisfecho con las simples certezas de la policía.

Evidentemente, Suydam era un líder en extensas operaciones de contrabando de personas, pues el canal hacia su casa no era más que uno de varios canales subterráneos y túneles en el vecindario. Había un túnel desde esta casa hasta una cripta debajo de la iglesia salón de baile; una cripta accesible desde la iglesia solo a través de un estrecho pasaje secreto en la pared norte, y en cuyas cámaras se descubrieron algunas cosas singulares y terribles. El órgano croante estaba allí, así como una vasta capilla arqueada con bancos de madera y un altar de figura extraña. Las paredes estaban forradas con pequeñas celdas, en diecisiete de las cuales—horribles para relatar—prisioneros solitarios en un estado de completa idiotéz fueron encontrados encadenados, incluyendo cuatro madres con infantes de apariencia inquietantemente extraña. Estos infantes murieron poco después de la exposición a la luz; una circunstancia que los médicos consideraron más bien misericordiosa. Nadie más que Malone, entre los que los inspeccionaron, recordó la sombría pregunta del viejo Delrio: "An sint unquam daemones incubi et succubae, et an ex tali, congressu proles nasci queat?"

Antes de que los canales se llenaran, fueron completamente dragados y produjeron una impresionante variedad de huesos aserrados y partidos de todos los tamaños. La epidemia de secuestros, muy claramente, había sido rastreada hasta casa; aunque solo dos de los prisioneros sobrevivientes pudieron conectarse con ello por cualquier hilo legal. Esos hombres ahora

están en prisión, ya que no pudieron ser condenados como cómplices en los asesinatos reales. El pedestal o trono dorado tallado, tan a menudo mencionado por Malone como de importancia oculta primaria, nunca fue revelado, aunque en un lugar bajo la casa de Suydam se observó que el canal se hundía en un pozo demasiado profundo para dragado. Fue obstruido en la boca y cubierto con cemento cuando se hicieron los sótanos de las casas nuevas, pero Malone a menudo especula sobre lo que yace debajo. La policía, satisfecha de haber destrozado una peligrosa banda de maníacos y contrabandistas de personas, entregó a las autoridades federales a los kurdos no condenados, quienes antes de su deportación fueron concluyentemente encontrados pertenecientes al clan Yezidee de adoradores del diablo. El barco trampantojo y su tripulación permanecen como un misterio esquivo, aunque los detectives cínicos están una vez más listos para combatir sus operaciones de contrabando y tráfico de ron. Malone piensa que estos detectives muestran una perspectiva tristemente limitada en su falta de asombro ante la miríada de detalles inexplicables y la oscura sugerencia de todo el caso; aunque él es igualmente crítico con los periódicos, que solo vieron una sensación mórbida y se regodearon sobre un culto sádico menor cuando podrían haber proclamado un horror desde el mismísimo corazón del universo. Pero está contento de permanecer en silencio en Chepachet, calmando su sistema nervioso y rezando para que el tiempo transfiera gradualmente su terrible experiencia del reino de la realidad presente al de la remota pintoresca y semi-mítica lejanía.

Robert Suydam duerme junto a su novia en el Cementerio Greenwood. No se celebró funeral sobre los extrañamente liberados huesos, y los parientes están agradecidos por el rápido olvido que sobrevino al caso en su conjunto. La conexión del erudito con los horrores de Red Hook, de hecho, nunca fue resaltada por prueba legal; ya que su muerte adelantó la investigación que de otra manera habría enfrentado. Su propio final no se menciona mucho, y los Suydams esperan que la posteridad lo recuerde solo como un amable recluso que se dedicó a la magia inofensiva y al folclore.

En cuanto a Red Hook—siempre es lo mismo. Suydam vino y se fue; un terror se reunió y se desvaneció; pero el espíritu maligno de oscuridad y suciedad sigue acechando entre los mestizos en las viejas casas de ladrillo, y bandas merodeadoras aún desfilan en misiones desconocidas pasando por ventanas donde luces y rostros retorcidos aparecen y desaparecen inexplicablemente. El horror ancestral es una hidra con mil cabezas, y los cultos de oscuridad están arraigados en blasfemias más profundas que el pozo de Demócrito. El alma de la bestia es omnipresente y triunfante, y las legiones de jóvenes con ojos vidriosos y marcados con molestas pústulas de Red Hook aún cantan, maldicen y aúllan mientras se alinean de abismo en abismo, nadie sabe de dónde o hacia dónde, impulsados por leyes ciegas de la biología que nunca podrán entender. Como en los viejos tiempos, más personas entran a Red Hook de las que la dejan por el lado terrestre, y ya hay rumores de nuevos canales subterráneos que corren hacia ciertos centros de tráfico de licor y cosas menos mencionables.

La iglesia salón de baile ahora es mayormente un salón de baile, y caras extrañas han aparecido de noche en las ventanas. Recientemente, un policía expresó la creencia de que la cripta rellena ha sido excavada de nuevo, y sin un propósito simplemente explicable. ¿Quiénes somos para combatir venenos más antiguos que la historia y la humanidad? Los simios bailaron en Asia a esos horrores, y el cáncer acecha seguro y se expande donde la furtividad se esconde en filas de ladrillos en decadencia.

Malone no se estremece sin causa—pues solo el otro día un oficial oyó a una bruja morena entrecerrada enseñando a un pequeño niño algún patois susurrante en la sombra de una alcantarilla. Escuchó, y pensó que era muy extraño cuando la oyó repetir una y otra vez:

"O amigo y compañero de la noche, tú que te regocijas en el aullido de los perros y la sangre derramada, que vagas en medio de las sombras entre las tumbas, que anhelas sangre y traes terror a los mortales, ¡Gorgo! Mormo, luna mil-facética, imira favorablemente nuestras sacrificios!"

1. [El horror de Red Hook - H. P. Lovecraft](#)

2. [1](#)

3. [2](#)

4. [3](#)

5. [4](#)

6. [5](#)

7. [6](#)

8. [7](#)

¡Gracias por leer este libro de
www.elejandria.com!

**Descubre nuestra colección de obras de
dominio público en castellano en nuestra web**